

NIEVES ABARCA
SANTIAGO ÁLVAREZ
ANA BALLABRIGA
CLAUDIO CERDÁN
ESTELA CHOCARRO
PABLO DE AGUILAR
EMPAR FERNÁNDEZ
RAFAEL GUERRERO
ALFONSO GUTIÉRREZ CARO
DAVID JIMÉNEZ EL TITO
JOAQUÍN LLORENS
PACO LÓPEZ MENGUAL
PEDRO MARTÍ
VÍCTOR MIRETE
GRAZIELLA MORENO
MANUEL MOYANO
ANTONIO PARRA SANZ
MÓNICA ROUANET
GINÉS SÁNCHEZ
JUAN SOTO IVARS
CRISTÓBAL TERRER
RUBÉN F. UCEDA
JESÚS ZAPLANA

Edición

ANTONIO PARRA SANZ

Prólogo

FRANCISCO MARÍN PÉREZ

CARTAGENA NEGRA



La Fea Burguesía

— EDICIONES —

MURCIA, 2017

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un almez (*Celtis australis*)
en el paraje de El Horno en Cieza (Murcia)



“Cartagena negra”

© De los textos, sus autores, 2017

© La Fea Burguesía Ediciones, 2017

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Fernández Villa

Imagen cubierta: Malika Favre

Primera edición: septiembre de 2017

IBIC: FYB

ISBN: 978 84 946202 6 3

Depósito legal: MU 882-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Esta edición ha contado con la colaboración
del Ayuntamiento de Cartagena



Ayuntamiento
Cartagena

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

Índice

FRANCISCO MARÍN PÉREZ	
Prólogo	9
NIEVES ABARCA	
Nadie, nada	13
SANTIAGO ÁLVAREZ	
Los tres mosqueteros	19
ANA BALLABRIGA	
Negra mala suerte	41
CLAUDIO CERDÁN	
Azul	47
ESTELA CHOCARRO	
Cristales rotos	55
PABLO DE AGUILAR GONZÁLEZ	
Experto en nada	67
EMPAR FERNÁNDEZ	
Extraviado	79
RAFAEL GUERRERO	
Un ángulo no tan muerto	87
ALFONSO GUTIÉRREZ CARO	
El ascensor	103
DAVID JIMÉNEZ EL TITO	
Por cobarde	119
JOAQUÍN LLORÉNS	
Nunca olvidaré aquella Cartagena Negra	133
PACO LÓPEZ MENGUAL	
El último crimen de Pink Panther	147

PEDRO MARTÍ	
Todo mío	159
VÍCTOR MIRETE	
Monstruo	181
GRAZIELLA MORENO	
Un tipo listo	203
MANUEL MOYANO	
Un hombre que se parecía a Clark Gable	215
ANTONIO PARRA SANZ	
Noches húmedas	223
MÓNICA ROUANET	
El verdugo	241
GINÉS SÁNCHEZ	
La mariposa	255
JUAN SOTO IVARS	
Mi madre y el dinero	269
CRISTÓBAL TERRER	
Alma de arena	279
RUBÉN F. UCEDA	
Bruma	295
JESÚS ZAPLANA	
Siberia	309

PRÓLOGO

Cuando nos planteamos la antología que el lector tiene ahora mismo en sus manos no nos imaginábamos, mejor dicho, no me imaginaba la gran responsabilidad que asumíamos. Responsabilidad por plantear una publicación en la que el nombre de Cartagena es lo fundamental y el centro de todo. Lo fundamental porque lo que intentamos es que la ciudad, con sus jornadas de novela negra y policíaca, sea un referente nacional en los festivales de género negro que tienen lugar a lo largo y ancho de España.

Cada año, en nuestras jornadas deseamos aportar lo mejor de nosotros mismos, en forma de atención personal a todos los protagonistas de cada mesa, de cada encuentro con los lectores, pues son los autores que nos visitan los que dan nivel a cada uno de los actos. Cada vez más ciudades se van sumando a las celebraciones de jornadas negras. El género goza de una gran salud, las editoriales valoran situar a sus autores en aquellos eventos que consideran de mayor relevancia, hasta el punto de que nos hemos visto, en más de una ocasión, en el terrible dilema de anunciar que estamos completos y que tenemos que declinar sus ofrecimientos hasta otra edición.

A lo largo de estas páginas, en las que veintitrés autores plasman historias impresionantes, pasearemos por la ciudad de Cartagena y sus alrededores,

desde Cabo de Palos a El Albuñón pasando por Lo Campano, patearemos un eje fundamental, como es el de la calle del Carmen, Puerta de Murcia, calle Mayor, plaza Héroe de Cavite y Puerto. En cada una de estas calles palpitan historias impresionantes, y no olvidamos la calle Jabonerías, o el Hotel Los Habaneros, donde descansaremos después de refrescar nuestras resacas gargantas en Mister Witt Café, lugar en el que, por cierto, observamos a un hombre grande y pausado presentando a un autor de novela negra.

Hablaba y hablo de responsabilidad porque el prologar una obra en la que uno de los personajes, en algún que otro relato, tiene el mismo nombre que este prologuista, pura coincidencia quiero pensar, manda romana... Amén de esta concurrencia, es emocionante leer cómo un detective venido de Valencia actúa en la ciudad trimilenaria para vengar y restablecer el nombre de un antiguo amigo. Seguimos paseando preguntándonos si realmente existen los gajes sin caer en una locura azul, y mi emoción sube varias octavas cuando leemos la historia de un atraco a un banco de mi barrio, muy muy cerca de mi casa.

Los veintitrés autores lo son de categoría, y siempre les quedaremos profundamente agradecidos, por la calidad impresa y por las tensiones que nos transmiten. Pasamos mucha sed con Nieves Abarca, Santiago Álvarez se hace acompañar de Mejías. ¿Existen los gajes?, se pregunta Ana Ballabriga, mientras caminamos hacia un azul de locura de la mano de Claudio Cerdán. Mala noche para Estela Chocarro en el Hotel Los Habaneros, obsesionada con la Corporación. Experto en nada y maestro en muchas tareas pasea por la calle del Carmen Pablo de Aguilar. Empar Fernández atiende a alguien que

se ha extraviado en la calle Mayor. No podía faltar la investigación de un atraco de la mano y la cabeza muy bien amueblada de Rafael Guerrero. De quicio nos saca Alfonso Gutiérrez Caro al dejarnos encerrados en un ascensor acompañados de un asesino.

Pasamos por cobardes al leer a David Jiménez ‘El Tito’ y nos adelantamos un año, sin olvidar aquella Cartagena Negra, a ciertos sucesos, de la mano de Joaquín Lloréns. Del maldito chino pasamos a Pink Panther teniendo como maestro de ceremonias a Paco López Mengual. ¡Qué decir de la bondad y tranquilidad de Cabo de Palos!, alterada por un crimen relatado con maestría por Pedro Martí. Sergio Gomes, en las noches húmedas de Antonio Parra, se puede encontrar al monstruo de Víctor Mirete o a un tipo listo que acompaña a Graziella Moreno..., incluso a Clark Gable o a un hombre que se parecía a él según testimonio de Manuel Moyano. Tanto a nosotros como al verdugo de Mónica Rouanet nos gusta la mariposa que nos brinda Ginés Sánchez.

Una bruma, y no de Marte precisamente, venida de Siberia hace que Rubén F. Uceda y Jesús Zaplana, como almas de arena, acompañen a Cristóbal Terrer en esta antología a la que también se asoma Juan Soto Ivars para hablarnos de su madre y el dinero.

Con gran orgullo y humildad le hago entrega al lector de esta “Antología de Cartagena Negra”, y que el Dios de cada uno le acompañe y arrope en su lectura.

Francisco Marín Pérez



ABARCA, NIEVES

ÁMBITO DE ACTUACIÓN: A Coruña.

SEÑAS PARTICULARES: Mujer emprendedora y atrevida, enemiga de los policías del abismo. Experta en Historia del Arte y periodismo. Se la puede ver en festivales negros defendiendo la buena novela del género.

SOCIOS CONOCIDOS: Delinque habitualmente con Vicente Garrido, y se reúnen a menudo con la inspectora Valentina Negro y el criminólogo Javier Sanjuán.

CRÍMENES COMETIDOS:

Crímenes exquisitos

Martyrium

El hombre de la máscara de espejos

Los muertos viajan deprisa

NADIE, NADA

*Cómo puedo hoy dejarte con vida,
darte la espalda y esperar que
no dispares la última bala.*

Sin prisioneros
Carlos Zanón

Hace calor. Mucho calor.
Está oscuro.

La sed me abrasa la garganta.

Intento levantarme pero el dolor en la frente es tan intenso que no me deja casi moverme.

Sed.

Necesito agua.

¿Dónde estoy? No recuerdo nada.

¿Qué ha ocurrido en mi vida durante las últimas horas?

Palpo con mis manos la oscuridad. Encuentro una superficie metálica, pulida. Hay polvo. No encuentro nada más. No hay botellas de agua, necesitaría un poco de agua. Agua fresca. Daría lo que fuese por un sorbo.

Dolor.

¿Qué hora es?

Me llevo la muñeca a los ojos pero no hay reloj. No está. Me lo han quitado. Intento incorporarme de nuevo. Esta vez lo consigo. Con las piernas temblorosas, primero la derecha, luego la izquierda, me incorporo. Y me doy un golpe con la cabeza en el techo metálico de dondequiera que esté metido.

Grito. Grito muy fuerte.

El eco me devuelve el sonido de mi voz. Pero nadie hace nada. Nadie me devuelve el grito. Nadie.

Intento caminar. Estoy descalzo. También me han quitado los zapatos.

Conservo la camisa, pero está rasgada. Hace mucho, mucho calor, me asfixio y me la quito. Al fin empiezo a espabilarme. Meto las manos en los bolsillos del pantalón pero tampoco han dejado nada, ni móvil, ni llaves del coche, ni llaves de casa.

La sed es cada vez más intensa. Trago un poco de saliva para intentar que el cemento en el que se ha convertido mi garganta se despeje. De los gritos, el escozor es tan intenso como la sed.

¿Qué estoy haciendo aquí? Tendría que estar en casa, con mi mujer, Elvira, y la nena, Valeria. Las dos me echarán de menos. Llamarán a la policía. Me buscarán. Intento recordar. Me toco el chichón de la frente, cada vez más grande. Sigo conmocionado. La consulta. La consulta estará sin abrir, pero en realidad no sé qué día es hoy. ¿Es lunes? ¿Domingo? Llevar la nena al cole. Abrir la consulta.

Llevar la nena al cole y ver a Paula.

Paula. Sí. Con sus ojos de Husky siberiano y sus pechos huidizos, duros. Paula dando clase. Paula rodeada de niños pequeños, sus ojos dulces y su voz tan clara como el agua del norte. La falda larga de Paula y su cabello negro. Sus pezones negros y su piel de nieve.

¿Cómo puedo acordarme de Paula en este momento?

Camino unos pasos con cautela. El lugar se estrecha según avanzo. Mi dedo tropieza en un saliente y lanzo un grito de dolor. ¡JODER! ¡QUE ALGUIEN ME SAQUE DE AQUÍ!

Se me pasa el dolor y continúo explorando, las manos hacia adelante como un ciego. Al fin tropiezo con algo, unas escaleras de metal. Todo es de metal. Las

escaleras no llegan al suelo. Me pregunto qué hora será. Si la nena ya está en el cole. Si Elvira ya ha abierto la consulta. Si el dolor de la frente se irá, y la resaca de haber bebido demasiado Jack Daniels también.

De repente, recuerdo. Recuerdo a Paula. Paula en el suelo, llena de sangre. Mi corazón comienza a latir con fuerza. ¿He sido yo? ¿Yo he matado a Paula? Paula desnuda en el suelo, llena de sangre. Tiene un balazo en la frente.

Me huelo las manos pero no, no huelen a nada, solo un leve rastro de perfume y tabaco. No he sido yo. Seguro. Paula. Los dos bebíamos después de follar. Y fumábamos porros. En su casa.

Me intento impulsar con los brazos para subir las escaleras metálicas. Estoy fuerte, voy al gimnasio con frecuencia. Pero hoy no es mi día. Me cuesta. Es el golpe en la cabeza. Al fin consigo levantar el pie, aún dolorido, y engancharme. Trepo por las escaleras hasta llegar al techo. Una abertura redonda, no muy grande. Está cerrada. Palpo una especie de rueda. Intento que gire.

Nada. Está sellada.

El rostro de Paula, los ojos abiertos, vuelve a mi cabeza. La sangre corriendo por sus ojos azules.

Mis manos se aflojan. Me caigo al suelo.

Noto el “crack” del tobillo al romperse.

El grito de dolor es tan intenso que es imposible que nadie lo haya escuchado.

La carita de Valeria llena de lágrimas.

Elvira, con la pistola que guardamos en la consulta por si alguien entra a robar.

Grito y grito, pero nadie viene.

Luego, un golpe seco en mi frente mientras lloro por Paula. La mirada de mi hija, llena de espanto antes de que llegue la oscuridad.

Nadie, nada

Me dejo ir.
La sed.
Mucha, mucha sed.
Nadie, nada.
Solo sed.

Fuensanta se quedó quieta, paralizada. Como un perro al levantar la oreja.

—Alfonso. Creo que he oído algo. Gritos. ¿No te parece? Es como si hubiese alguien dentro del submarino.

—No te has tomado la medicación, Fuensanta. Dime la verdad. Venga. Sigue limpiando el estanque. Yo me encargo de sacarle brillo al aparato de Isaac Peral. Apúrate. Aún hace fresquito. Luego subirá el calor y no habrá quien aguante aquí arriba. Que va a venir el alcalde.

—Te juro que he escuchado gritos.

—Claro. Son los fantasmas del mar. Luego saldrán y nos matarán con su garfio.

Durante unos segundos se quedaron quietos.

Luego siguieron limpiando.

Tenían que acabar antes de que empezase el calor.